



EL BARCO
DE VAPOR

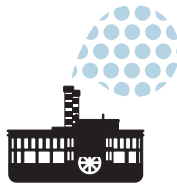
La Doctora Colmillitos y El bosque de los monstruos

Cecilia Zero

Ilustraciones
de Christian Ayuni



sm



EL BARCO
DE VAPOR

La Doctora Colmillitos y El bosque de los monstruos

Cecilia Zero

Ilustraciones de Christian Ayuni





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

La Doctora Colmillitos y El bosque de los monstruos

Primera edición digital: julio 2020

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Edición: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Danitza Navarro

Ilustraciones: Christian Ayuni

© del texto: Cecilia Zero, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú

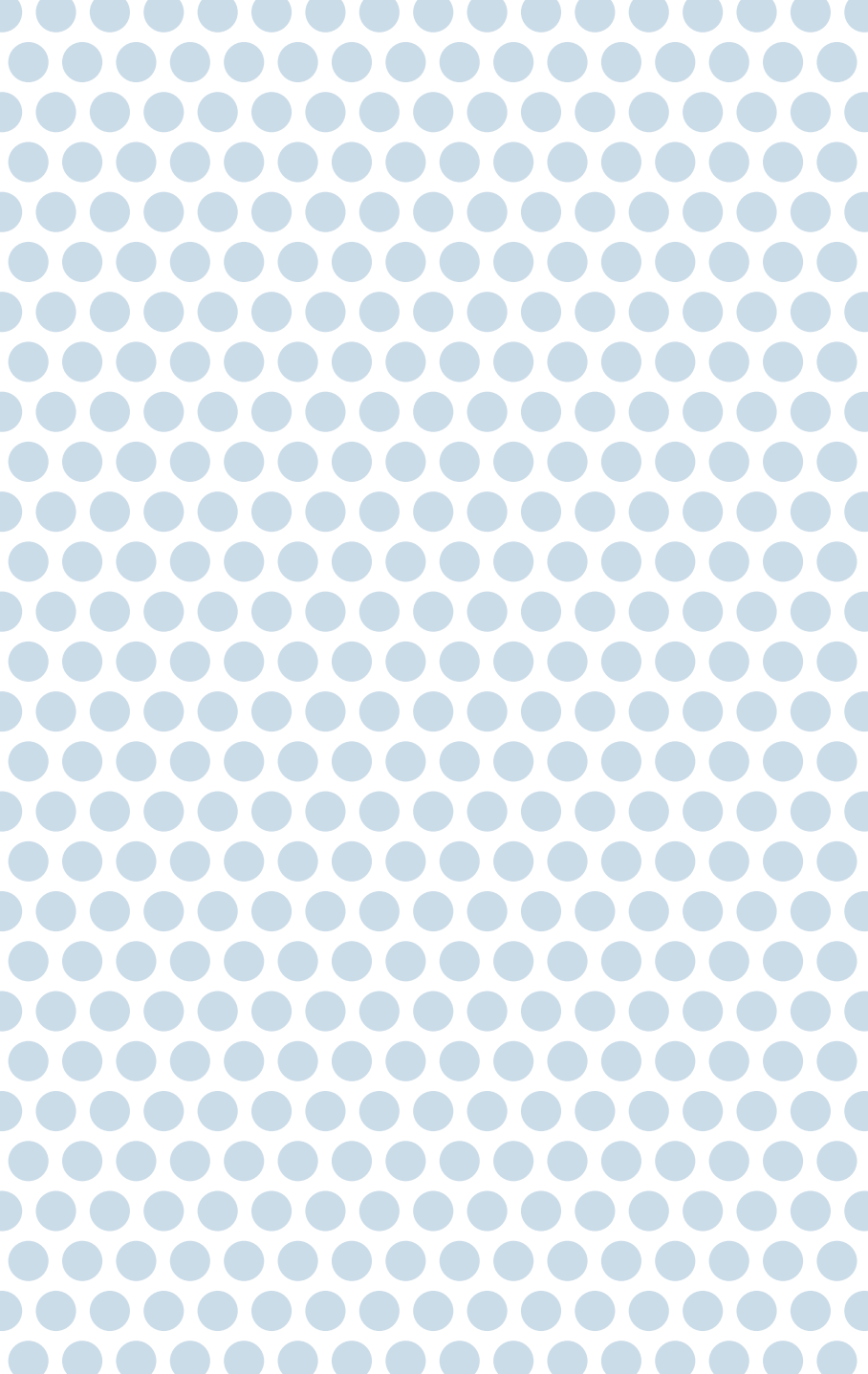
Teléfono: (51 1) 614 8900

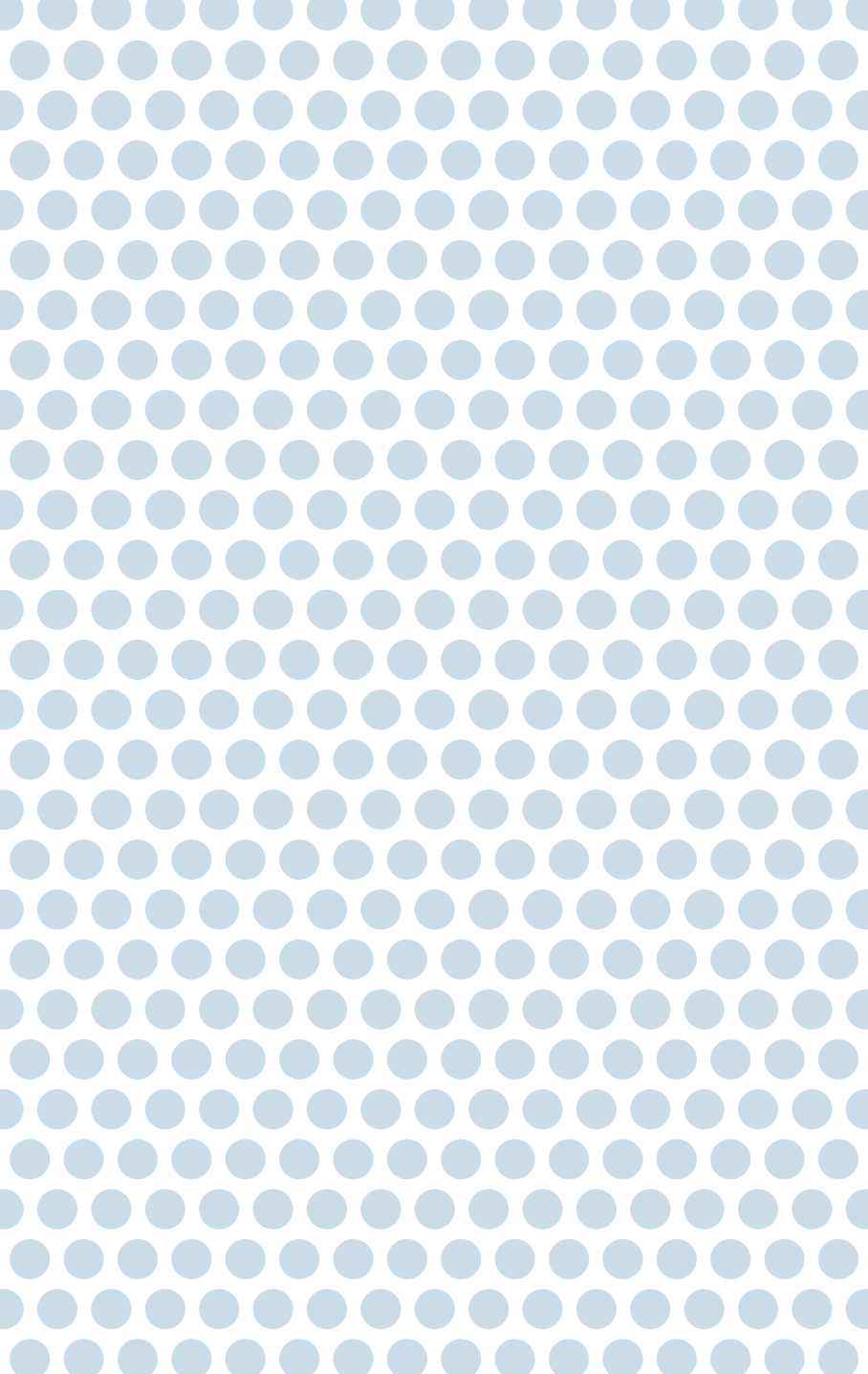
contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

ISBN:

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.







EL BARCO
DE VAPOR

La Doctora Colmillitos y El bosque de los monstruos

Cecilia Zero

Ilustraciones de Christian Ayuni





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

La Doctora Colmillitos y El bosque de los monstruos

Primera edición digital: julio 2020

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Edición: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Danitza Navarro

Ilustraciones: Christian Ayuni

© del texto: Cecilia Zero, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

ISBN: 978-612-316-953-4

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A todas y a todos los que se atreven
a cruzar el río que está
al lado del molino viejo.*

● 1

LOS DIENTES ABANDONARON A MI ABUELITA

HAY PERSONAS QUE TIENEN SONRISAS muy especiales, difíciles de olvidar. ¡Esa era la de Mila! Dientes blancos como perlas y aliento fresco como la menta, pero lo más importante era su sonrisa luminosa. Ella tenía un corazón noble y una valentía incalculable, aunque eso no se podía ver a primera vista; solo se podía apreciar conociéndola, y esta es su increíble historia.

Mila pasó los primeros años de su vida en la granja de Aldo e Isabel, sus padres, a las afueras de la ciudad, en un pueblo llamado Villa Cerrada.

Todas las mañanas, el sol radiante entraba por su ventana. Su perro, un cachorrito llamado Usher, siempre la despertaba jalándole

el cubrecama. Entonces, ella se vestía y bajaba. Ayudaba a su papá a ordeñar las vacas para obtener leche fresca, y recolectaba los huevos que ponían las gallinas. Luego iba a la cocina, y junto a su mamá preparaba un delicioso desayuno supernutritivo.

Cuidaba tan bien a los animales que una vez le curó una herida a un caballo y otra vez atendió a una cerdita que iba a tener lechoncitos.

La vida parecía perfecta: respiraba aire puro, trepaba árboles y corría por los bosques, excepto... por una escalofriante leyenda que advertía de un lugar al que nadie debía acercarse so riesgo de desaparecer para siempre. Esta fue transmitida de generación en generación entre los habitantes de Villa Cerrada.

Más allá del campo, cruzando el río que está al lado del viejo molino abandonado, se dice que hay un tenebroso lugar lleno de seres horripilantes y malvados que asustan a los grandes y se comen a los chicos. Afirman que es como una pesadilla en la que los gritos desesperados y aterrados se confunden con salva-

jes aullidos. A ese sitio puedes entrar, pero nunca salir. A ese lugar se le conoce como ¡El bosque de los monstruos!

Mila no lo conocía, pues, al principio, ella sentía miedo por aquel espeluznante sitio y no tenía ninguna intención de pasar por ahí, además, sus padres la llevaban a la ciudad todos los fines de semana durante sus vacaciones para visitar a la abuela Lola.

—Mamá, ¡no me gusta ir a la ciudad! El aire es sucio, los carros se amontonan en las calles y siempre nos demoramos en llegar.

—Eso no importa. Debemos visitar a la abuela y al resto de la familia —respondió la mamá, mientras Mila se agarraba la cabeza como si le doliera.

La casa de la abuela Lola era grande, pero no tanto como su granja. No tenía ningún bosque, solo un jardín rodeado por muros que la separaban de la casa del vecino.

Lo primero que hacía al llegar era saludar a la abuelita con un fuerte abrazo y un beso, luego a sus tíos y a sus dos primos, los gemelos

Sergio y Serafín, que eran un par de años mayores que ella.

—Mila, anda a jugar con tus primos a la sala —sugirió su tía.

—Claro, tía —respondió Mila desganada, porque ya sabía cómo se ponían sus primos cada vez que jugaban.

Ellos estaban hipnotizados por un videojuego. Miraban la pantalla del televisor sin parpadear y no soltaban para nada sus controles.

Mila no sabía jugar. Sus primos intentaron enseñarle, pero era muy mala y se aburrió pronto, así que mejor optó por ayudar en la cocina.

Después de comer un delicioso almuerzo, fue a la biblioteca para curiosear en los libros de su abuela.

La biblioteca era un espacio grande, lleno de diversos tipos de libros que la anciana había coleccionado durante toda su vida. Estaban muy limpios y bien organizados, así que buscó en la sección ANIMALES.



—*Los secretos del gran reino animal.* ¡12 Tomos! —exclamó Mila impresionada, y se aventuró a leer todo lo que le fue posible.

Sin que se diera cuenta, se hizo de noche. Bajó a cenar con su familia, pero ni bien terminó, volvió a subir a la biblioteca.

—Mila, ya es tarde. Nos vamos a quedar a dormir porque el camino a la granja es muy largo y manejar por la carretera de noche es peligroso —dijo el papá.

—¡Qué bueno! La abuela tiene lindos libros sobre animales, me quedaré a leerlos.

—¡No, Mila! Es tarde anda lávate los dientes y ponte el pijama —ordenó la mamá.

A Mila no le agradó tener que irse a dormir en lo mejor de su lectura. Y sin sospechar lo que sucedería, fue al cuarto de visita y se puso su pijama. Luego fue al baño y vio algo terriblemente espantoso.

—¡¡Aaaaaaaaah!! ¡¡¡¡Auxilio!!!! —gritó horrorizada espantando a toda su familia que ya estaba casi dormida.



De pronto, todos corrieron a su rescate pensando que se trataba de algo grave.

—¡Mila! —gritó la mamá.

—¿Estás bien? —preguntó el papá llegando rápidamente al baño.

—¿Qué pasa, hijita? —preguntó la abuela.

—¡Tus dientes abuelita, te abandonaron y se fueron de tu boca! —respondió Mila señalando un vaso de agua donde estaba sumergida la dentadura postiza de la anciana, mientras todos reían.

—Debo confesar que tuve problemas con mis dientes y por eso los perdí. Ahora uso unos dientes postizos que me pongo durante el día para poder sonreír y comer.

—Pero ¿por qué?

—Porque no me lavaba bien los dientes cuando tenía tu edad, tampoco iba al dentista porque me daba miedo, en algún momento fumé mucho y, finalmente, la vejez —respondió la abuela Lola mientras Mila la miraba asustada y se tocaba sus propios dientes.

—Así que ya sabes, Mila, si no quieres que tus dientes te abandonen, ¡cuídalos! —advirtió la abuela.

—¡A lavarse los dientes, hija! ¡Rápido! —señaló la mamá.

Mila tomó su cepillo dental y se frotó tanto los dientes que terminaron por dolerle las encías.

—¡Mamá, me duele la boca! —se lamentó Mila.

—Es que no tienes que cepillarte hasta que te duela, ¡eso te va a hacer daño! Tienes que aprender la forma correcta de cepillarte para mantener tus dientes limpios y sanos —precisó la mamá.

—Pero eso será mañana. ¡A la cama! —ordenó el papá.

Los padres la arroparon y le dieron el besito de las buenas noches, pero ella no podía dormir, solo podía pensar en los dientes que abandonaron la boca de su abuela. Pensaba en esos dientes falsos que su pobre abuelita utilizaba para sonreír y masticar. ¡No quería que eso le sucediera! Quería conservar sus dientes

completos hasta que sea ancianita ¿Habría forma de lograrlo? ¿Cómo podría conseguirlo? Debía averiguarlo lo más pronto posible.

Así que prendió la luz y buscó rápidamente la respuesta en su *tablet*. Las recomendaciones más importantes eran lavarse los dientes después de cada comida, no comer muchos dulces e ir periódicamente al dentista.

¡Nunca he ido al dentista!, pensó.

Apagó la *tablet* y la luz. Luego cerró los ojos pensando que debía hacer esa visita lo más pronto posible.